

Observación a medias

Democracia y medios de comunicación en Colombia

VARIOS AUTORES

Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Derecho, Ciencias Políticas
y Sociales, Bogotá, 2011, 304 págs., il.

EN EL nuevo milenio comenzaron a pulular los observatorios de medios de comunicación en la academia, particularmente en las facultades de comunicación y en los centros de pensamiento, pero son pocos los que cumplen con su finalidad: realizar periódicos monitoreos sobre el cubrimiento de temas de debate público para contribuir a cualificar la información y a formar audiencias críticas en una democracia deliberativa.

El observatorio es la plataforma metodológica para ejercer esta vigilancia, una especie de panóptico desde donde se vigila el cumplimiento de los estándares de calidad informativa, en particular en los medios tradicionales y hegemónicos, cuyos intereses políticos y económicos están vinculados con grupos de poder. Se supone que la academia y los investigadores independientes pueden ejercer esta veeduría de manera rigurosa y responsable, considerando que se erigen en fiscalizadores de la información. Pero gran parte de los autodenominados observatorios aparecen y desaparecen con la ejecución de un proyecto; pocos tienen una práctica institucionalizada y regular para reaccionar de manera rápida frente a temas de coyuntura.

El Observatorio de Medios de Comunicación Medios para Ver (Obsemed) del grupo de investigación Cultura Jurídico-Política, Instituciones y Globalización, dirigido por el profesor Óscar Mejía Quintana, funciona desde 2009 y en 2011 presentó en el libro que nos ocupa el resultado de la observación de medios de comunicación impresos y audiovisuales realizados por un nutrido equipo de politólogos (doce). El grupo se propuso registrar el impacto que tiene la información de carácter político, económico y judicial en las audiencias, con el fin de promover la construcción de una cultura política crítica, participativa y democrática en Colombia.

La primera de las tres partes del libro está dedicada al abordaje teórico de categorías como la opinión pública, la cultura política y la relación entre medios de comunicación, opinión pública y democracia desde pensadores de la Escuela de Frankfurt, con una mirada crítica a los medios.

El profesor Óscar Mejía, en el ensayo que sirve de eje a la investigación –de lo más rescatable del libro–, plantea la hipótesis de trabajo: del carácter de la información de los medios depende el tipo de cultura política de la sociedad civil; así, “unos medios dóciles y apologeticos del poder incentivan expresiones de cultura política parroquial o súbdita, mientras que unos medios críticos y fiscalizadores incentivarán una cultura política participativa y pluralista”. Soporta su categoría de opinión pública en Habermas y su concepción de los medios de comunicación en la primera Escuela de Frankfurt (alienación, ideología, pseudocultura) y en la Escuela de Birmingham (audiencia activa). Entre los autores cercanos, aparecen Néstor García Canclini y Jesús Martín Barbero.

En sintonía con este planteamiento, los demás autores insisten en la hegemonía informativa de los grandes medios que deforman la opinión pública, un cuestionamiento válido, pero para nada novedoso. Concluir que los medios de comunicación en Colombia no cumplen con la función social de ofrecer información imparcial y equilibrada, y que los monopolios informativos contribuyen a mantener el statu quo es llover sobre mojado.

En los tiempos que corren, con los grandes medios cooptados por grupos económicos, habría que establecer conexiones y causalidades más ocultas en las agendas informativas para hacerse nuevas preguntas; desentrañar estrategias discursivas y narrativas, representaciones sociales o marcos cognitivos frente a temas de debate público y cruces de sentido según la orientación ideológica, la estructura de propiedad y la trayectoria histórica de cada medio.

La primera parte también ofrece un ensayo sugerente titulado “Una lectura de la Seguridad Democrática desde la obra de Jean Baudrillard”, de Sergio Ángel Baquero, que si bien no

aplica la metodología de análisis de contenido del observatorio de medios, presenta estudios de casos interesantes (chuzadas del DAS, violación del DIH en el bombardeo al campamento de Raúl Reyes y el decreto de emergencia social del presidente Uribe para reformar el sistema de salud). Estos hechos se analizan desde la teoría de los simulacros de Baudrillard para demostrar que el presidente Uribe llevó a las masas a creer en la realización de la utopía porque con su discurso transmitió una generalizada idea de progreso. Por eso negó la existencia del conflicto armado, afirmó que el paramilitarismo era cuestión del pasado, y que no había desplazados sino migrantes. Por otro lado, el autor analiza el cubrimiento obscuro que hicieron los medios sobre el bombardeo al campamento de Raúl Reyes y la imagen del líder dado de baja, visibilizada como un trofeo (“hiper-visibilización de nuestra realidad que recrea el simulacro de lo político”, siguiendo al sociólogo francés). Con trabajos como este, los politólogos demuestran su sapiencia en el análisis de las políticas públicas.



Termina la primera parte con una caracterización de los medios alternativos de comunicación, a cargo de Gissell Medina y Suang Catherine Moreno, cuyo marco histórico, bastante ambicioso, comienza con Antonio Nariño y su periódico *La Bagatela* (1811) –que refuerza las ideas revolucionarias en la naciente república–, a diferencia del *Papel periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá* (1791) de

Manuel del Socorro Rodríguez, que defendía los intereses de la Corona. Del periodo de la Nueva Granada salta a la prensa obrera de los años veinte y treinta, omitiendo los periódicos liberales perseguidos y censurados durante la Regeneración, pero que no cesaron en sus críticas; y la prensa satírica, oscilante entre el liberalismo y el anarquismo, que ejerció amena resistencia. Llega al nuevo milenio, con programas televisivos como *Contravía* de Hollman Morris. El ensayo finaliza con el análisis, somero e incompleto de tres medios digitales: *La silla vacía*, *Razón pública* y *Agencia de Prensa Rural*.

En la segunda parte del libro, se presentan los estudios comparados de medios, a saber: “*El Tiempo* y *El Colombiano* en la configuración de la pseudocultura en Colombia”; “Un análisis teórico práctico desde la radio y la cultura política en Colombia” (basado en los noticieros de la mañana de RCN Radio y Caracol Radio), y un tercer estudio sobre los noticieros de los medios televisivos: Caracol y Teleantioquia. Y en la tercera parte se presenta el análisis pormenorizado de los medios, con el correspondiente instrumento de análisis y las variables analizadas.

El periodo elegido para la recolección de la muestra fue de cuatro meses, entre agosto y diciembre de 2010, inicio del gobierno de Juan Manuel Santos, sucesor de Álvaro Uribe Vélez. Sin embargo, hay un ensayo que rompe con esta muestra, titulado “El talante santista del conflicto”, donde se analiza el cubrimiento dado por *El Tiempo* al conflicto armado entre marzo y mayo de 1999, tomando las ediciones dominicales. Este texto queda fuera del contexto del proyecto dirigido por el profesor Mejía, y no está justificada su inclusión.

Los autores no hicieron revisión literaria de otros observatorios de medios liderados por docentes de periodismo, ni trabajos de grado y tesis de facultades de comunicación sobre cubrimientos informativos de tipo electoral, de seguridad y de conflicto sobre el mismo objeto de estudio y el periodo uribista. Si bien los objetivos del observatorio se cumplen, hay demasiado trasiego teórico, y repetitivo, para arribar a conclusiones previsibles.

Es un observatorio con más plataforma ideológica que metodológica.

Y esta falta de perspectiva periodística fue quizá lo que caracterizó al equipo de investigación, que igualmente desconoció las teorías periodísticas rentables para el abordaje de los medios (Agenda Setting, Newsmaking y Framing, por mencionar algunas). Solo aparece una vez citado McQuail, con su teoría de la comunicación de masas.

Incluso, extraña que no haya presencia de algún docente del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri), que ha incursionado en el análisis del entorno mediático.

En cuanto al instrumento diseñado por el equipo, tiene una falencia que introduce ruido en la muestra: no discrimina las piezas seleccionadas por género y no es lo mismo analizar una noticia y una entrevista que una columna de opinión o un editorial, que obedecen a preceptivas distintas y a diferente intencionalidad. Para no entrar en minucias sobre la construcción de la matriz de análisis, como que el número de fuentes per se no es tan significativo cuando lo que interesa es su contraste, su pluralidad. La mayoría de observatorios sobre cubrimiento de cualquier ámbito informativo, concluyen que la información se construye con una sola fuente, la oficial, o si concurren varias fuentes defienden el mismo punto de vista. Rara vez se encuentra una construcción informativa contrastada y contextualizada.

Pero más allá de los resultados que arrojó esta pesquisa colectiva, lo que vuelve tortuosa la lectura del libro es la cantidad de gazapos y descuidos de la edición. Tantos por página que el lector cree estar leyendo un borrador y extraña que un libro editado por la universidad más prestigiosa del país –y que se caracteriza por la calidad de sus colecciones– no haya tenido corrección de estilo. La mayoría de autores escribe de manera farragosa, vaga, con repetición de términos, de ideas, mal empleo de los gerundios, de las mayúsculas, de la puntuación, de las tildes, por no hablar de la sintaxis defectuosa en muchos casos y hasta errores de ortografía (híbridos, pág. 60). En fin, textos anodinos, sin voz propia. Parecería que para muchos

fue su primera publicación y no tuvieron el debido acompañamiento en el proceso editorial.



Aparecen nombres de reconocidos periodistas mal escritos: Juanita García (en lugar de Juanita León, directora de lasillavacia.com), Silvia Dussán (no Duzán); Holman (no Hollam) Morris. Hay autores que desconocen las reglas básicas de la composición por párrafos, y escriben párrafos de veinte líneas, que rompen el índice de lecturabilidad; o manejan frases-párrafo que quitan la respiración y el sentido. Muestra de estos descuidos está en este fragmento de la introducción: “A menudo, los columnistas o comentaristas (especialistas) se encargan de evaluar e interpretar los hechos al receptor de los medios. Es algo así como si le dijeran: ‘no se preocupe por pensar, analizar o criticar, nosotros lo hacemos por usted’”, que aparece en la página 21 y se repite tal cual en las páginas 29 y 34.

Sin duda, faltó un editor académico que sugiriera a los autores reducir los marcos teóricos, toda vez que se repiten una y otra vez las categorías y los autores referenciados.

Por último, y considerando que los investigadores concluyen sobre la necesidad de poner la mira en los medios alternativos, en tanto ofrecen contramarcos a la información hegemónica, sugiero que sigan el propio sistema de medios de la Universidad Nacional, que en sus espacios informativos y de opinión está haciendo una contribución valiosa a sus audiencias. Y que lean otros títulos editados por la propia universidad, como *Disfraz y pluma de todos. Opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX* (2012), un acercamiento a la historia

de la opinión pública en Colombia, que bucea en las profundidades de este concepto, medular en la investigación sobre medios. Un libro pulcramente editado y con una bella portada, la que también se echa de menos en el libro reseñado.

Maryluz Vallejo

Entre memoria y retórica

Geografías de la memoria. Posiciones de las víctimas en Colombia en el periodo de justicia transicional (2005-2010)

ÓSCAR F. ACEVEDO ARANGO
Editorial Pontificia Universidad
Javeriana, Bogotá, 2012, 119 págs.

LA MEMORIA se ha convertido en uno de los temas de los que más se habla y se investiga en la Historia y en las Ciencias Sociales contemporáneas, hasta el punto que algunos autores consideran que en esta época existe una “obsesión por la memoria”, un “abuso de la memoria” e incluso una “industria del holocausto”, este último término acuñado por el escritor Norman Finkelstein para referirse al negocio que instauró el lobby judío-estadounidense para favorecer al Estado sionista de Israel y justificar sus crímenes contra los palestinos. En América Latina la memoria adquiere importancia en los últimos veinticinco años como parte de un programa de denuncia de los crímenes cometidos por las dictaduras de “seguridad nacional”, tanto en los países del Cono Sur como en Centroamérica. En Colombia, en un sentido similar, desde hace algunos años diversos sectores de la sociedad proponen una recuperación de la memoria, algo que es significativo si se tiene en cuenta que, en teoría por lo menos, en este país no se entronizaron dictaduras como las de Pinochet en Chile, Videla en Argentina y otras similares en Guatemala, Uruguay o Brasil. Que aquí no se hayan instaurado dictaduras no quiere decir que la doctrina de la seguridad nacional, impulsada desde los Estados Unidos y replicada por las clases do-

minantes de Colombia, no haya tenido los mismos efectos de criminalidad estatal, e incluso a veces peores.

Por esta misma circunstancia, desde hace unos cuantos años el Estado viene impulsando una cierta política de la memoria, cuya principal finalidad es negar su papel activo en la generalización del terrorismo. De ahí que se haya creado una Comisión Nacional de Reparación y de Reconciliación, con su respectiva Área de Memoria Histórica, encargadas, en última instancia, de lavar la imagen del Estado, la cual tuvo una corta existencia (2005-2010). Estas instancias, en el fondo, han buscado acallar o cooptar a las organizaciones de familiares o allegados de quienes han sufrido la criminalidad oficial.

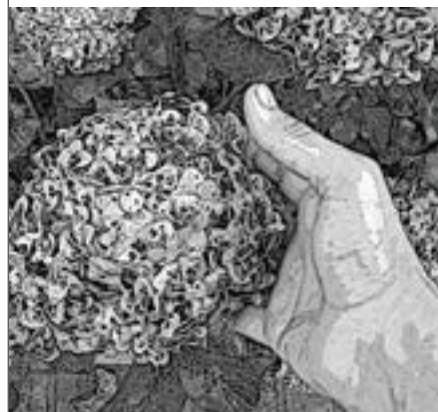
Con relación a los procesos de recuperación de la memoria, se delinea en forma simétrica la figura de la “víctima”, un término que se ha impuesto en forma poco crítica y que es aceptado por la casi totalidad de sectores que reivindicán la memoria, incluyendo académicos, las ONG y grupos de personas afectadas por el terrorismo de Estado. Al respecto, nos parece pertinente la precisión del historiador italiano Alessandro Portelli, quien distingue la víctima del vencido: “A diferencia de la víctima, el mártir no es inocente, se pone en juego a sí mismo cumpliendo conscientemente actos que se dirigen contra la legalidad impuesta por los opresores, y a sus ojos es siempre culpable (no sacrificado sino sacrílego)”¹. Esta distinción es importante para recuperar los proyectos de lucha de quienes fueron vencidos y reafirmar que no eran unas simples “víctimas” pasivas, sino que murieron porque encarnaban propuestas políticas y sociales que chocaban contra el orden establecido.

Que el Estado se apropie de la memoria y generalice la noción de víctimas no quiere decir, desde luego, que el asunto del recuerdo no sea importante para diversos sectores de la sociedad colombiana, sobre todo por aquellos que han soportado en carne propia la violación de sus derechos por parte del Estado.

1. Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, pág. 68.

Que la memoria es un tema de moda –en algo que no debería haberse convertido nunca– se ejemplifica con la proliferación de literatura sobre el tema por parte de diversos sectores de la academia, algunos de los cuales se han incorporado como *vedettes* investigativas al Estado, más exactamente a sus comisiones de Memoria Histórica. Como parte de esa literatura, en gran medida influida por el posmodernismo y los estudios culturales, se encuentra el texto *Geografías de la memoria*.

En términos generales, este es un libro profundamente desigual en calidad, en tratamiento de la temática, en rigor investigativo e incluso en el plano de la exposición formal de cada uno de los cuatro capítulos que lo conforman. En gran medida esto sucede porque el autor combina, con poco éxito, diversas técnicas, cuya utilidad se disuelve al final en una mixtura culturalista poco atractiva.



En efecto, el autor empieza con el capítulo “Lo personal es histórico y lo histórico es personal”, parafraseando el célebre aforismo feminista que dice que “lo personal es político”, en el cual nos cuenta parte de su experiencia vital como habitante de un barrio de Medellín desde la década de 1970. Este relato es interesante porque muestra la manera como la violencia que se genera en diversos lugares del territorio nacional afecta a cualquier persona de extracción popular o de la clase media. Esta experiencia adquiere más relieve porque se desarrolla en la ciudad que se convirtió en el epicentro del sicariato, de la cultura traqueta, de las bandas criminales ligadas al narcotráfico, y por los elevados niveles de violencia y criminalidad que allí se presentan desde hace varios decenios. En este capítulo queda en evidencia